

DÍAS NAVIDEÑOS

Sucesiones de rimas blancas,
reflejo ideal del ciclo de la blanca mariposa,
cuajada en bruma sedeña, vaporosa y rosa,
trasvaso de ideas puras con fulgidez plateada,
encanto perfumado de lo que amanece,
ampo candor de lo que nace,
aderezo gozoso de una corona invernal
en el celaje inclemente.

Una diamantina luz que refuerza el albor moribundo,
en la desolada intemperie,
cuando la vida desciende visible a ras de la tierra.

¡Oh nieve de blancura equívoca!
símbolo alegórico de un bello confort azul,
o mordedura de la pesadumbre humana.
Anónimo pasar del vivir entre espuma amarilla,
existir sin ser nada en la tierra
que no te acogió amante y te cubrirá con manto impiadoso.

El Líder divino nace de humildades hondísimas,
empuñador de una espada flamígera, amorosa y enhiesta
sobre un mar agitado de siglos.

Invisible blandiente Supremo
desde la altura abstracta de un Amor extendido.
Iremos hacia Ti por caminos pedregosos,
pero exentos de desfiladeros estrechos
y sin cantiles tajantes.

Días de arribada de huellas oscuras que buscan cobijo
entre las espirales de un humo que se eleva
hacia un cielo gris, saturado por las melodías
de la paz de las almas, con el inefable encanto de la lejanía
que lo envuelve todo, bajo alas sencillas
con memoria de luces amanecidas.

¡Infancia desvalida! Existes como felonía de este mundo.
¿Acaso buscarías un arlequín, muñeco prendido
de mirada extraviada en un árbol de Noel?
¿Qué te dice su fantasmagoría colorida
en su mirada perdida?

Cinceles que moldean escultura rocosas,
ondas marinas que chocan incesantes,
fragosos sordos y silbos de cierzos que ascienden
de un caos helado y estático
orfeón de lamentos y ayes plañideros
son también armonías que vuelan inundando
de dulce sopor la noche de marfil esparcido
en la ansiada búsqueda del cálido aroma que el hogar exhala,
porque la Luna tiene otro rostro oscuro y sombrío.

Mi Pegaso que aún cabalga locamente desbocado
por un declive sin tregua, me lleva a su grupa,
cuando un año se extingue y otro define
su silueta enigmática
entre una confusión de vítores
y la resonancia de doce campanadas
que retumbando imploran, en la noche amanecida.

FRANCISCO BRIÑÓN TERUEL